

La promiscuidad sexual

Por: ENRIQUE GUARNER

Paulina Bonaparte pasó a la historia por tres razones fundamentales: ser la hermana favorita de Napoleón; constituir una de las bellezas de su época y sufrir de ninfomanía. Al igual que el Emperador ella nació en Ajaccio el 20 de octubre de 1780, pero al llegar a la adolescencia se trasladó a Francia. A la edad de 15 años, Pauline se enamoró de Louis Freron de 40, quien era un político arribista falto de escrúpulos. Su madre Leticia rechazó la unión y obligó a Napoleón a que eliminara al pretendiente.

A partir de ese momento Paulina sedujo a la mayoría de los oficiales del Estado Mayor de su hermano, quien se vio compelido a encontrarle esposo en el atractivo Charles Victor Leclerc, con quien la casó en 1797. Al año siguiente la pareja fue a Haití donde el esposo falleció a consecuencia de la fiebre amarilla.

El duelo de Paulina tuvo poca duración y a su regreso a París llevó una vida totalmente disipada. Viendo el problema que ocasionaba, Napoleón decidió casarla con el príncipe Camilo Borguese, pero la unión resultó un desastre porque el italiano nunca logró satisfacerla sexualmente.

Alrededor de 1806, Paulina se separó de su marido al enamorarse locamente del pintor Louis Phillipe Auguste de Forbin, quien contaba con 30 años y era hipersexual. A pesar de lo anterior la bella hermana de Napoleón sostenía contactos ocasionales con el músico Felix Blangini, al que por cierto contrató para que dirigiera a sus instrumentistas lo cual era inexacto, puesto que no existía orquesta alguna y las únicas melodías con ritmo que practicaba el dueto se llevaban a cabo en la cama.

Un reporte de la época realizado por el célebre ginecólogo Jean Noel Halle señalaba: «Pauline Bonaparte muestra signos de extremo agotamiento y fatiga, los cuales son resultado de una intensa inflamación en sus genitales, derivada de la fricción desproporcionada de contactos se-x-uales».

Napoleón se dio cuenta de que el desarreglo era el resultado de la presencia de Forbin, por lo que decidió separarlo de la familia enviándolo como director al Louvre. Sin embargo, esto no redundó en beneficio alguno porque pronto reparció la congestión genital de Pauline. Entre sus nuevos amantes destacaba el coronel Armand Jules de Canouville al que el Emperador se llevó en 1812 a su campaña de Rusia, donde pareció en el cruce del Beredina.

Después de Waterloo, la caída de Napoleón Bonaparte condicionó el que Paulina retornara con Borguese a Italia, donde finalmente murió de cáncer a la edad de 44 años.

El caso de Pauline nos demuestra que a lo largo de la historia siempre han existido personas que podríamos denominar hipersexuales y promiscuas, junto a aquellas que no han requerido de mayor actividad de tipo erótico. Al primer grupo han pertenecido grandes amantes o cortesanas como: Casanova, Don Juan, Mesalina o Ninón de Lenclos. En tanto que se encuentran entre los que nunca les interesó el sexo: Immanuel Kant, el pintor Adolf Menzel y Cordelia Goethe, de la que su hermano Wolfgang aseguraba: «no hay en ella la menor traza de sensualidad».

Por supuesto que entre estos dos conglomerados siempre han existido grados intermedios o fluctuaciones, pero aun así resulta difícil decir cuando la sexualidad es excesiva. Es por ello que cuando Kinsey estudió el problema de los hipersexuales declaró que simplemente se trataba de una posición extrema dentro de una curva estadística.

La investigadora de los primates van Lawick Goodall en su libro «In the Shadow of men» publicado en 1971, observó a una hembra chimpancé que era capaz de copular doce veces con una docena de machos distintos, en el mismo número de minutos. Sin embargo, la autora señalaba que esta situación resulta excepcional y que la mayoría de los primates al igual que los humanos seleccionan sus parejas con las que desaparecen por más de una semana durante el período de receptividad sexual.

En el hombre la costumbre se ha extendido para dar lugar al matrimonio, con lo cual se ha evitado lo que ciertos autores denominan promiscuidad sexual. En esta entidad se consideran los casos en los que existe una búsqueda indiscriminada de objetos sexuales con ausencia total de la connotación amorosa.

Naturalmente, que utilizando estos adjetivos se evita la discusión de lo que llamaríamos excesos sexuales, los cuales pueden suceder con una misma persona y dentro de lo que se considera el marco legal del matrimonio. Es decir, que una copulación desmesurada, si es que existe tal cosa, puede ser llevada a cabo entre los cónyuges. Con respecto a este punto no hay unanimidad de criterios, ni de opiniones. El ejemplo sería un individuo que cohabita con su mujer en 100 ocasiones en un año, o dos veces por semana, puede ser considerado como moderado en comparación con otro que lo realice todas las noches. Es aquí donde la fuerza del deseo difiere de una persona a otra y resulta imposible establecer regla alguna.

En la misma forma el sexo depende de las edades, puesto que recientemente vi una estadística de Estados Unidos en la cual se señalaba que la mayoría de los hombres que llegan a los cincuenta practican el sexo en un promedio de ocho veces al año. Con lo anterior se indica que decrece su poder sexual y sin embargo, cabría recordar que Ninón de Lenclos sedujo a los 34 años a Sevigne, a los cincuenta al hijo del anterior y a los setenta y seis al nieto. En 1630 el pintor Rubens con cincuenta años se casó con Helene Fourment y todavía procreó cinco hijos con ella. Al llegar a sus ochenta años Wolfgang Goethe se enamoró de una mujer más joven y David a la misma edad se acostó con Abisag, la sunamita quien le devolvió el poder de la juventud, así como una especie de fluidez magnética.

Otro término que merece ser revisado es el que el psiquiatra francés Jean Dominique Esquirol introdujo en 1830 y al cual denominó erotomanía. Con él se refería a las personas polígamas que viven totalmente sometidas a sus deseos sexuales. Ellas serían como apéndice de sus genitales y el autor hacía un inteligente juego de palabras afirmando que: «no eran hombres con órganos sexuales, sino órganos sex-uales que dominaban a hombres». Estos sujetos cazarían objetos y una vez que los hubieran obtenido emprenderían el acecho de uno nuevo.

En 1892, el psiquiatra austriaco Kraft-Ebbing fundamentándose en la mitología griega decidió llamar a los hipersexuales masculinos sátiros, porque eran mitad hombre y mitad bestia, en la persecución de las ninfas. Estas últimas representaban divinidades de un rango inferior que con su fertilidad hacían crecer las plantas. Las había oceánicas, de las montañas, de las grutas y de los lagos, siendo una de las más conocidas, Eco. A partir de ellas surgió la palabra ninfomanía y es curioso que a los labios de las vulvas de los genitales femeninos también se les denomine ninfas.

Uno de los escasos trabajos acerca del tema de la promiscuidad fue llevado en el Servicio Clínico de la ciudad de San Francisco entre 1942 y 1946. En el estudio se examinaron a 255 hombres y 78 mujeres que sostenían frecuentes relaciones sexuales con sujetos diferentes.

Según los autores los varones experimentaban mayor satisfacción en el acto. La promiscuidad resultaba un intento compulsivo para lidiar con los problemas vitales y casi ninguna de las personas entrevistadas era capaz de sostener una relación estable, porque carecían de un sentido de la responsabilidad. El número de divorcios era altísimo y tanto los hombres como las mujeres manifestaban un alto componente de hostilidad en contra del sexo opuesto. Igualmente se demostró que la mayoría de las copulaciones no eran el resultado de intensos deseos, sino de una dificultad para sostener las relaciones interpersonales. También se observó que más de la mitad de los interrogados poseían bastante detenido el proceso imaginativo.

Podríamos concluir que la sexualidad constituye un misterio del cual sólomente conocemos nuestras experiencias personales. Por otra parte la promiscuidad es una manera de reducir las tensiones internas en una fallida búsqueda hacia una intimidad relativa.

La promiscuidad sexual

Por: ENRIQUE GUARNER

Paulina Bonaparte pasó a la historia por tres razones fundamentales: ser la hermana favorita de Napoleón; constituir una de las bellezas de su época y sufrir de ninfomanía. Al igual que el Emperador ella nació en Ajaccio el 20 de octubre de 1780, pero al llegar a la adolescencia se trasladó a Francia. A la edad de 15 años, Pauline se enamoró de Louis Freron de 40, quien era un político arribista falto de escrúpulos. Su madre Leticia rechazó la unión y obligó a Napoleón a que eliminara al pretendiente.

A partir de ese momento Paulina sedujo a la mayoría de los oficiales del Estado Mayor de su hermano, quien se vio compelido a encontrarle esposo en el atractivo Charles Victor Leclerc, con quien la casó en 1797. Al año siguiente la pareja fue a Haití donde el esposo falleció a consecuencia de la fiebre amarilla.

El duelo de Paulina tuvo poca duración y a su regreso a París llevó una vida totalmente disipada. Viendo el problema que ocasionaba, Napoleón decidió casarla con el príncipe Camilo Borguese, pero la unión resultó un desastre porque el italiano nunca logró satisfacerla sexualmente.

Alrededor de 1806, Paulina se separó de su marido al enamorarse locamente del pintor Louis Phillipe Auguste de Forbin, quien contaba con 30 años y era hipersexual. A pesar de lo anterior la bella hermana de Napoleón sostenía contactos ocasionales con el músico Felix Blangini, al que por cierto contrató para que dirigiera a sus instrumentistas lo cual era inexacto, puesto que no existía orquesta alguna y las únicas melodías con ritmo que practicaba el dueto se llevaban a cabo en la cama.

Un reporte de la época realizado por el célebre ginecólogo Jean Noel Halle señalaba: «Pauline Bonaparte muestra signos de extremo agotamiento y fatiga, los cuales son resultado de una intensa inflamación en sus genitales, derivada de la fricción desproporcionada de contactos se-x-uales».

Napoleón se dio cuenta de que el desarreglo era el resultado de la presencia de Forbin, por lo que decidió separarlo de la familia enviándolo como director al Louvre. Sin embargo, esto no redundó en beneficio alguno porque pronto reparó la congestión genital de Pauline. Entre sus nuevos amantes destacaba el coronel Armand Jules de Canouville al que el Emperador se llevó en 1812 a su campaña de Rusia, donde pareció en el cruce del Bered-sina.

Después de Waterloo, la caída de Napoleón Bonaparte condicionó el que Paulina retornara con Borguese a Italia, donde finalmente murió de cáncer a la edad de 44 años.

El caso de Pauline nos demuestra que a lo largo de la historia siempre han existido personas que podríamos denominar hipersexuales y promiscuas, junto a aquellas que no han requerido de mayor actividad de tipo erótico. Al primer grupo han pertenecido grandes amantes o cortesanas como: Casanova, Don Juan, Mesalina o Ninón de Lenclos. En tanto que se encuentran entre los que nunca les interesó el sexo: Immanuel Kant, el pintor Adolf Menzel y Cordelia Goethe, de la que su hermano Wolfgang aseguraba: «no hay en ella la menor traza de sensualidad».

Por supuesto que entre estos dos conglomerados siempre han existido grados intermedios o fluctuaciones, pero aun así resulta difícil decir cuando la sexualidad es excesiva. Es por ello que cuando Kinsey estudió el problema de los hipersexuales declaró que simplemente se trataba de una posición extrema dentro de una curva estadística.

La investigadora de los primates van Lawick Goodall en su libro «In the Shadow of men» publicado en 1971, observó a una hembra chimpance que era capaz de copular doce veces con una docena de machos distintos, en el mismo número de minutos. Sin embargo, la autora señalaba que esta situación resulta excepcional y que la mayoría de los primates al igual que los humanos seleccionan sus parejas con las que desaparecen por más de una semana durante el periodo de receptividad sexual.

En el hombre la costumbre se ha extendido para dar lugar al matrimonio, con lo cual se ha evitado lo que ciertos autores denominan promiscuidad sexual. En esta entidad se consideran los casos en los que existe una búsqueda indiscriminada de objetos sexuales con ausencia total de la connotación amorosa.

Naturalmente, que utilizando estos adjetivos se evita la discusión de lo que llamaríamos excesos sexuales, los cuales pueden suceder con una misma persona y dentro de lo que se considera el marco legal del matrimonio. Es decir, que una copulación desmesurada, si es que existe tal cosa, puede ser llevada a cabo entre los cónyuges. Con respecto a este punto no hay unanimidad de criterios, ni de opiniones. El ejemplo sería un individuo que cohabita con su mujer en 100 ocasiones en un año, o dos veces por semana, puede ser considerado como moderado en comparación con otro que lo realice todas las noches. Es aquí donde la fuerza del deseo difiere de una persona a otra y resulta imposible establecer regla alguna.

En la misma forma el sexo depende de las edades, puesto que recientemente ví una estadística de Estados Unidos en la cual se señalaba que la mayoría de los hombres que llegan a los cincuenta practican el sexo en un promedio de ocho veces al año. Con lo anterior se indica que decrece su poder sexual y sin embargo, cabría recordar que Ninón de Lenclos sedujo a los 34 años a Sevigne, a los cincuenta al hijo del anterior y a los setenta y seis al nieto. En 1630 el pintor Rubens con cincuenta años se casó con Helene Fourment y todavía procreó cinco hijos con ella. Al llegar a sus ochenta años Wolfgang Goethe se enamoró de una mujer más joven y David a la misma edad se acostó con Abisag, la sunamita quien le devolvió el poder de la juventud, así como una especie de fluidez magnética.

Otro término que merece ser revisado es el que el psiquiatra francés Jean Dominique Esquirol introdujo en 1830 y al cual denominó erotomanía. Con él se refería a las personas polígamas que viven totalmente sometidas a sus deseos sexuales. Ellas serían como apéndices de sus genitales y el autor hacía un inteligente juego de palabras afirmando que: «no eran hombres con órganos sexuales, sino órganos sex-uales que dominaban a hombres». Estos sujetos cazaban objetos y una vez que los hubieran obtenido emprenderían el acecho de uno nuevo.

En 1892, el psiquiatra austriaco Kraft-Ebbing fundamentándose en la mitología griega decidió llamar a los hipersexuales masculinos sátiros, porque eran mitad hombre y mitad bestia, en la persecución de las ninfas. Estas últimas representaban divinidades de un rango inferior que con su fertilidad hacían crecer las plantas. Las había oceánicas, de las montañas, de las grutas y de los lagos, siendo una de las más conocidas, Eco. A partir de ellas surgió la palabra ninfomanía y es curioso que a los labios de las vulvas de los genitales femeninos también se les denomine ninfas.

Uno de los escasos trabajos acerca del tema de la promiscuidad fue llevado en el Servicio Clínico de la ciudad de San Francisco entre 1942 y 1946. En el estudio se examinaron a 255 hombres y 78 mujeres que sostenían frecuentes relaciones sexuales con sujetos diferentes.

Según los autores los varones experimentaban mayor satisfacción en el acto. La promiscuidad resultaba un intento compulsivo para lidiar con los problemas vitales y casi ninguna de las personas entrevistadas era capaz de sostener una relación estable, porque carecían de un sentido de la responsabilidad. El número de divorcios era altísimo y tanto los hombres como las mujeres manifestaban un alto componente de hostilidad en contra del sexo opuesto. Igualmente se demostró que la mayoría de las copulaciones no eran el resultado de intensos deseos, sino de una dificultad para sostener las relaciones interpersonales. También se observó que más de la mitad de los interrogados poseían bastante detenido el proceso imaginativo.

Podríamos concluir que la sexualidad constituye un misterio del cual solamente conocemos nuestras experiencias personales. Por otra parte la promiscuidad es una manera de reducir las tensiones internas en una fallida búsqueda hacia una intimidad relativa.